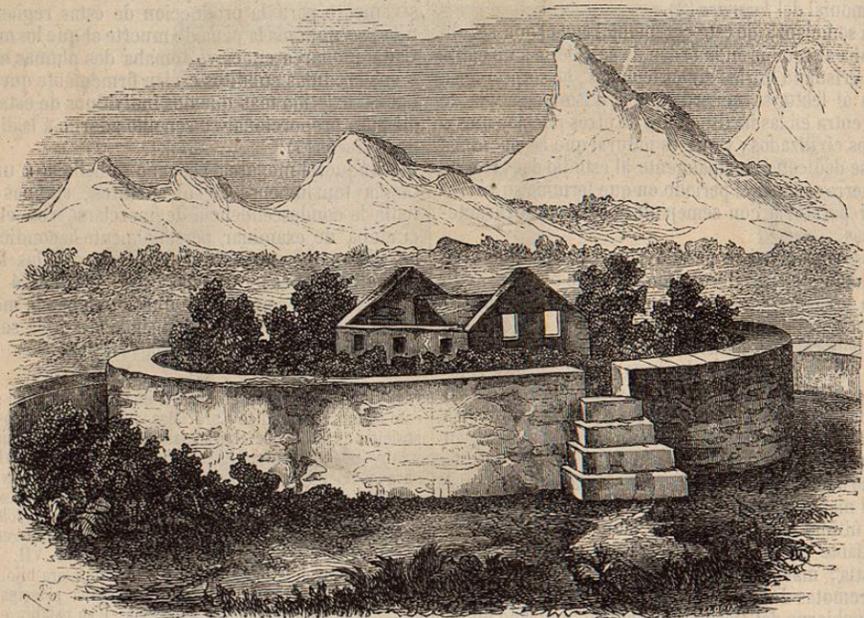


Pero los Incas se ponían en comunicacion mas directa con sus súbditos por medio de sus viajes á diferentes partes del imperio. Estos se hacian, con intervalo de varios años, con gran pompa y magnificencia. La litera ó silla de manos en que viajaban, guarnecida de esmeraldas y oro, iba custodiada por una numerosa escolta. Dos ciudades, especialmente escogidas para este objeto, proporcionaban los hombres que llevaban la litera. Si hemos de creer á los historiadores, este oficio era poco apetecible, ya que se imponía la pena de muerte al que se caía (1). Viajaban con comodidad y rapidez, parándose en los *tambos* ó posadas construidas por el gobierno á lo largo del camino, y algunas veces en palacios reales que en las grandes ciudades proporcionaban amplio alojamiento á toda la comitiva del monarca. Los magníficos caminos que atravesaban las elevadas llanuras, estaban ocupados en toda su estension por hombres que separaban las piedras y los demas obstáculos de la superficie, cubriéndola de olorosas flores, y disputándose el honor

de llevar los equipajes de un pueblo á otro. De cuando en cuando se detenía el monarca para enterarse de las quejas de sus súbditos, ó para arreglar asuntos que los tribunales habian sometido á su decision. Por todas partes acudía multitud de gente ansiosa de ver un instante á su monarca, y cuando este levantaba las cortinas de su litera para dejarse ver, eran inmensas las aclamaciones con que lo saludaban invocando en su favor la bendicion del cielo (2). La tradicion señaló durante mucho tiempo los puntos en que se habia detenido el soberano, y los sencillos habitantes del país los reverenciaban como lugares consagrados por la presencia de un Inca (3).

Los palacios reales eran edificios magníficos, y lejos de ser exclusivos á la capital ó á algunas ciudades principales, estaban esparcidos por todas las provincias del vasto imperio (4). Estos edificios eran bajos pero cubrian una gran estension de terreno. Algunas de las habitaciones eran muy grandes, pero generalmente eran pequeñas, y no comunicaban unas con



Monumento peruano del Cañar.

otras, sino que todas tenían salida á un patio comun. Las paredes estaban construidas con grandes trozos de piedra, como los que hemos descrito en la fortaleza del Cuzco, sin pulimentar, esceptuando la linea en que se reunian, que apenas era visible. Los techos eran de madera ó paja, y estos han desaparecido con

ces sus festines hasta una hora muy avanzada de la noche. *Ibid.*, parte I, lib. VI, cap. I.

(1) «In lectica, auro tabulato contrata, humeris ferebant; in summa, ea erat observancia, ut vultum ejus intueri maxime incivile putarent, et inter baiulos quicumque vel leviter pede offenso hasitaret, e vestigio interficerent.» Levinus Apollonius, *De Peruvia Regionis Inventione, et Rebus in eadem gestis* (Antuerpia, 1567, fól. 37). Zárate, *Conq. del Perú*, lib. I, cap. XI.

Segun este escritor, los nobles eran los que llevaban la litera, y eran mil los destinados especialmente á disfrutar de este honor humillante. *Ubi supra.*

(2) Estas aclamaciones serian realmente espantosas si, como dice Sarmiento, hacian caer á tierra las aves que iban volando. «De esta manera eran tan temidos los reyes, que si salian por el reino y permitian alzar algun paño de los que iban en las andas para dejarse ver de sus vasallos, alzaban

el tiempo, conservándose solamente las paredes de los edificios. Lo que en ellos parecian buscar era mas bien la solidez y la fuerza que la elegancia arquitectónica (5).

Pero si los edificios imperiales eran poco elegantes en su forma exterior, el interior compensaba amplia-

mente gran alarido que hacian caer las aves de lo alto, donde iban volando á ser tomadas á manos.» (Relacion, MS. capitulo X.) El mismo autor da pormenores mas creibles de los viajes régios, cuyo extracto insertamos en el *Apéndice número 1.*

(3) Garcilasso, *Com. Real*, parte I, lib. III, capitulo XIV; lib. VI, cap. III.—Zárate *Conq. del Perú*, lib. I, cap. XI.

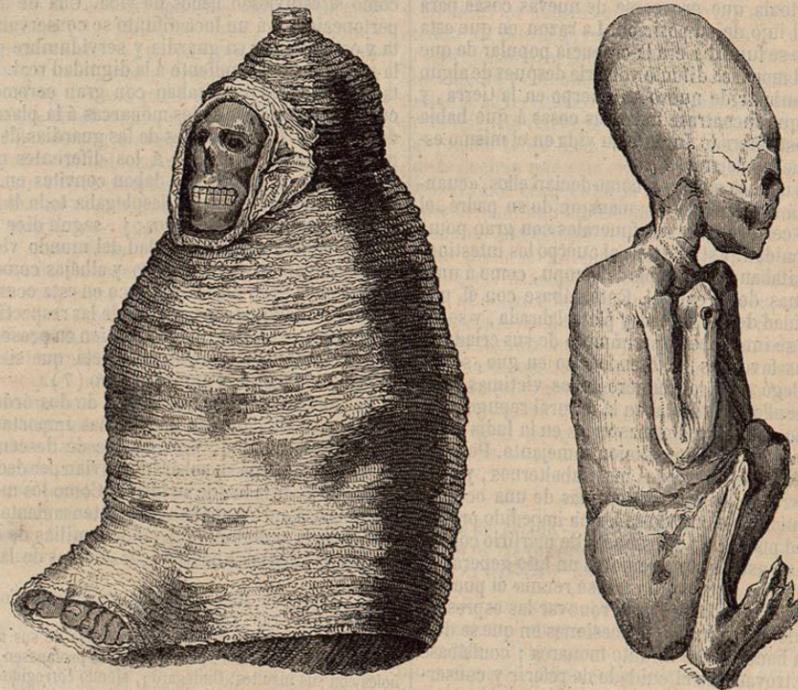
(4) Velasco nos da pormenores de algunos de estos palacios situados en diferentes puntos del reino de Quito. *Historia de Quito*, tomo I, pág. 193—197.

(5) Cieza de Leon, *Crónica*, cap. XLIV.—*Antig. y Monumentos del Perú*, MS.—Véase, entre otras cosas, la descripcion de los restos que aun existen de edificios reales en Callao, como á unas diez leguas al Sur de Quito, por Ulloa, *Viaje á la América del Sur*, lib. VI, cap. VI. Posteriormente Humboldt los ha examinado con mas cuidado. *Vues des Cordillères*, pág. 197.

mente esta falta, pues que en él desplegaban pomposamente toda su opulencia los principes peruanos. Cubrian las paredes numerosos adornos de oro y plata. En ellas habia unos nichos llenos de animales y plantas curiosamente trabajados con los mismos materiales preciosos; y aun en gran parte del ajuar doméstico, incluso los utensilios de servicio mas ordinario, se observaba la misma prodigalidad de magnificencia (1). Con estos espléndidos adornos se mezclaban ricas telas de brillantes colores, tejidas con la delicada lana del Perú, y tan hermosas en todo, que los soberanos españoles, que disponian de todo lo que podian proporcionar Asia y Europa, no se desdeñaban de usarlas (2). Componíase la regia servidumbre de una multitud de criados de los pueblos

y ciudades comarcanas, que, como en Méjico, tenían obligacion de suministrar al monarca el combustible y todo lo necesario para el consumo de palacio.

Pero la residencia favorita de los Incas era Yucaj, como á unas cuatro leguas de distancia de la capital. En este delicioso valle, rodeado por la sierra que lo defendía contra los ásperos vientos del Este, y lo refrescaba con abundantes manantiales y arroyos, construyeron el mas hermoso de sus palacios. Allí, cuando estaban cansados del polvo y de los afanes de la capital, se complacian en retirarse y solazarse con la sociedad de sus concubinas favoritas, vagando entre los bosques y frescos jardines, que embalsamaban el aire con olores deliciosos, y adormecian los sentidos en voluptuoso descanso. Allí tambien disfrutaban de



Momias de los antiguos Aymaras.

las delicias del baño, surtido por corrientes de agua cristalina que pasaban por conductos de plata subterráneos y caian en bañaderas de oro. Los espaciosos jardines estaban cubiertos de numerosas variedades de plantas y flores que crecian sin esfuerzo alguno en esta region *templada* de los trópicos, mientras que á sus lados habia otros jardines de una especie mas extraordinaria, en que brillaban las diferentes formas

de vida vegetal diestramente imitadas con plata y oro. Entre ellos se recuerda especialmente el maiz, el mas hermoso de los granos de América y se habla del trabajo admirable en que la mazorca de oro se descubria en parte en medio de las anchas hojas de plata y del ligero penacho del mismo metal que flotaba graciosamente en su cúspide (3).

Si esta brillante pintura hace vacilar la fé del lector, que recuerde que la abundancia de oro que encierran las montañas del Perú es increíble; que los naturales entendian bastante bien el arte de explotar las minas; que ninguna parte del metal, como mas adelante veremos, se convertia en moneda, y que todo él pasaba por manos del monarca para su uso exclusivo, ya fuese de utilidad ya de adorno. Lo cier-

(1) Garcilasso, *Com. Real*, parte I, lib. VI, cap. I.

«Tanto que todo el servicio de la casa del rey, así de cántaras para su vino, como de cocina, todo era oro y plata, y esto no en un lugar ni en ninguna parte lo tenía, sino en muchas.» (Sarmiento, *Relacion*, MS., cap. XI.) Véanse tambien las brillantes descripciones de los palacios de Bilcas, al Oeste del Cuzco, por Cieza de Leon, segun lo que le dijeron los españoles que los vieron en todo su esplendor. (*Crónica*, capitulo LXXXIX.) Los viajeros modernos dicen que aun se ven los nichos en las paredes. (Humboldt, *Vues Cordillères*, página 197.)

(2) «La ropa de la cama toda era de mantas, y freçadas de lana de vicuña, que es tan fina y tan regalada, que entre otras cosas preciadas de aquellas tierras, se las han traído para la cama del rey don Phelipe Segundo.» Garcilasso, *Com. Real*, parte I, lib. VI, cap. I.

(3) Garcilasso, *Com. Real*, parte I, lib. V, capitulo XXVI, lib. VI, cap. II.—Sarmiento, *Relacion*, MS., cap. XXVI.—Cieza de Leon, *Crónica*, cap. XCIV.

Este último escritor habla de una mezcla, compuesta en parte de oro líquido, que se usaba en los edificios reales de Tambo, valle que estaba cerca de Yucaj. (*Ubi supra.*) Debemos disculpar á los españoles que derribaron semejantes edificios, si es que alguna vez las encontraron.

to es que no hay hecho alguno mas completamente probado por los mismos conquistadores, que estaban en la mejor situacion para juzgar, y que no tenían motivo alguno para faltar á la verdad. Los poetas italianos, en sus espléndidas pinturas de los jardines de Alcina y de Morgana, se acercaron á la verdad mas de lo que creían.

Pero creerá de punto nuestra sorpresa si reflexionamos que toda la riqueza que poseía el monarca peruano no consistía mas que en lo que él mismo había acumulado para sí. Nada debía á la herencia de sus predecesores. Cuando moría un Inca se abandonaban sus palacios; todos sus tesoros, con la escepcion de los que se aplicaban á su entierro, sus muebles y sus vestidos, se quedaban como él los dejó, y sus numerosas residencias se cerraban para siempre. El nuevo soberano tenía que proveerse de nuevas cosas para sostener el lujo de su posicion. La razon en que esta costumbre se fundaba era la creencia popular de que el alma del monarca difunto volvería despues de algun tiempo á animar de nuevo su cuerpo en la tierra, y deseaban que encontrase todas las cosas á que había estado acostumbrado durante su vida en el mismo estado en que las dejara (1).

Quando un Inca moría, ó, como decían ellos, «cuando volvía á ser llamado á la mansion de su padre, el Sol (2)», celebrábase sus funerales con gran pompa y solemnidad. Estráfanse al cuerpo los intestinos y se depositaban en el templo de Tampu, como á unas cinco leguas de la capital. Enterrábase con él una gran cantidad de sus alhajas y plata labrada, y sobre su tumba se inmolaba gran número de sus criados y concubinas favoritas, habiendo caso en que, segun se dice, llegó á mil el número de las víctimas (3). Algunos de ellos manifestaban la natural repugnancia al sacrificio que se ve algunas veces en la India entre las víctimas de una superstición semejante. Pero estos eran sin duda los criados mas subalternos, ya que á las mujeres se las ha visto en mas de una ocasion tratar de suicidarse cuando se les ha impedido probar su fidelidad por medio de este acto de martirio conyugal. Seguía á esta triste ceremonia un luto general en todo el imperio. Durante un año se reunía el pueblo, con intervalos señalados, para renovar las espresiones de su dolor; se hacían procesiones en que se desplegaba la bandera del difunto monarca; confiábase á poetas y trovadores el cuidado de referir y conservar la relacion de sus hazañas, y repetíanse estas canciones en las grandes festividades en presencia del monarca, estimulando así á los vivos con el ejemplo glorioso de los muertos (4).

Despues de embalsamado con mucha destreza el cuerpo del Inca, se le trasladaba al gran templo del Sol en el Cuzco. Allí el monarca peruano, al entrar en el santuario terrible, podía contemplar las efigies de sus régios predecesores colocadas en dos filas opuestas, los hombres á la derecha, y sus esposas á la izquierda del gran lumínar que brillaba en oro resplandeciente en las paredes del templo. Los cuerpos revestidos con el ropaje real que acostumbraban á llevar,

(1) Acosta, lib. VI, capítulo XII.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VI, cap. IV.

(2) Los aztecas también creían que el alma del guerrero que moría en batalla iba á acompañar al sol en su brillante curso por la esfera. (Véase Conquista de Mejico, lib. I, capítulo III.)

(3) Conq. y Pob. del Pirú, MS.—Acosta, libro V, capítulo VI.

Cuatro mil víctimas de estas, segun Sarmiento, lo que es quizás una exageración, adornaron los funerales de Huayna Capac, el último de los Incas antes de la llegada de los españoles. Relacion, MS., cap. LXV.

(4) Cieza de Leon, Crónica, capítulo LXII.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VI, cap. V.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. VIII.

estaban sentados en sillas de oro con las cabezas inclinadas al suelo y las manos tranquilamente cruzadas sobre el pecho. Sus rostros conservaban su natural color oscuro, menos espuesto á cambios que el color mas sonrosado de una cara europea; y su cabello, negro como azabache, ó plateado por la edad, permanecía lo mismo que durante su existencia. Se asemejaban á un grupo solemnemente de adoradores, abismados en el silencio de la devoción; tan bien se conservaban las formas y el aspecto de la vida. Los peruanos tuvieron tan buen éxito como los egipcios en esos miserables esfuerzos para perpetuar la existencia del cuerpo mas allá de los límites que le ha señalado la naturaleza (5).

Otra ilusión mas extraña aun consistía en el respeto que seguían tributando á estos restos inanimados como si estuviesen llenos de vida. Una de las casas pertenecientes á un Inca difunto se conservaba abierta y ocupada por su guardia y servidumbre con toda la pompa correspondiente á la dignidad real. En ciertas festividades se sacaban con gran ceremonia los cuerpos respetados de los monarcas á la plaza mayor de la capital. Los capitanes de las guardias de los respectivos Incas, invitaban á los diferentes nobles y oficiales de la corte, y se daban convites en nombre de sus amos, en que se desplegaba toda la profusa magnificencia de sus tesoros; y, segun dice un antiguo cronista, ninguna ciudad del mundo vió jamás tal acumulación de plata, oro y alhajas como la que se veía en la gran plaza del Cuzco en esta ocasion (6). Servían el banquete los criados de las respectivas servidumbres, y los convidados comían en presencia del real cadáver con la misma etiqueta que si hubiese presidido el festín el monarca vivo (7).

La nobleza del Perú consistía de dos órdenes; la primera, y sin comparación la mas importante, era la de los Incas que, preciándose de descender del mismo tronco que su soberano, vivían por decirlo así, en el reflejo de la luz de su gloria. Como los monarcas peruanos se aprovechaban muy estensamente del derecho de la poligamia, dejando familias de ciento y aun de doscientos hijos (8), los nobles de la sangre

(5) Ondegardo, Rel. prim. MS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XXIX.

Los peruanos escondieron estas momias de sus soberanos despues de la conquista, para que no las profanasen los españoles con sus insultos. Ondegardo, siendo corregidor de Cuzco, descubrió cinco de ellas, tres hombres y dos mujeres. Las primeras eran los cuerpos de Viracocha, del gran Tupac Inca Yupanqui y de su hijo Huayna Capac. Garcilasso las vió en 1560. Vestían el traje real, sin mas insignia que el *llaucu* en la cabeza. Estaban sentadas y segun él mismo dice, en un estado tan perfecto de conservación, que no les faltaba ni un pelo de las cejas. Al llevarlas por la calle, cubiertas con mantas, los indios se hincaban de rodillas en señal de respeto, con muchas lágrimas y suspiros; y se enternecieron aun mas cuando vieron que algunos españoles se descubrían al pasar los restos mortales de los que fueron monarcas. (Ibid. ubi supra.) Posteriormente se llevaron los cuerpos á Lima; y el padre Acosta que los vió allí unos veinte años despues, dice que aun estaban perfectamente conservados.

(6) «Tenemos por muy cierto, que ni en Jerusalem, Roma, ni en Persia, ni en ninguna parte del mundo, por ninguna república ni rey de él, se juntaba en un lugar tanta riqueza de metales de oro y plata y pedrería como en esta plaza de Cuzco, cuando estas fiestas y otras semejantes se hacían.» Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXVII.

(7) Id., Relacion, MS., cap. VIII—XXVII.—Ondegardo, Rel. segunda, MS.

Sin embargo, no se honraba así la memoria de todos los principes, sino de aquellos que habían sido grandes y buenos. de quienes Sarmiento dice, «los que habiendo sido en vida buenos y valerosos, generosos con los indios en hacerles mercedes, perdonadores de injurias, porque á estos tales canonizaban en su ceguera por santos y honraban sus huesos sin entender que las ánimas ardían en los infiernos, y creían que estaban en el cielo.» Ibid. ubi supra.

(8) Garcilasso dice que mas de trescientos. (Com. Real, parte I, lib. III, cap. XIX.) El hecho, aunque algo sorpren-

real, aunque se conocían por tales solamente sus descendientes en la línea masculina, llegaban á ser con el tiempo muy numerosos (1). Dividíanse en varias linas, cada una de las cuales buscaba su origen en un individuo de la dinastía real, aunque todas terminaban en el divino fundador del imperio.

Distinguíanse por muchos privilegios importantes; usaban un traje particular; hablaban, si hemos de creer lo que dicen los cronistas, un dialecto que les era peculiar (2), y se aplicaba á su manutención la mejor parte de las propiedades públicas. Casi todos ellos vivían en la corte, cerca de la persona del príncipe, tomando parte en sus consejos, y comiendo con él, ó recibiendo sus alimentos de su mesa. Solo á ellos pedían conferirse las altas dignidades del sacerdocio. Confiábaseles el mando de los ejércitos, el de las guardias remotas, y el de las provincias, y en una palabra, á ellos pertenecían todos los empleos de confianza y de lucro (3). Hasta las leyes, que generalmente eran muy severas, no parecen haber sido hechas para ellos; y el pueblo, revistiendo á toda esa órden de nobleza de una parte del sagrado carácter que pertenecía al soberano, creía que un noble Inca era incapaz de cometer un crimen (4).

La otra órden de nobleza era la de los *curacas*, caciques de las naciones conquistadas ó sus descendientes. Generalmente el gobierno les confirmaba su posicion; pero exigía que visitasen de cuando en cuando la capital, y que dejasen educar en ella á sus hijos como rehenes que respondían de su lealtad. No es fácil definir la naturaleza ó la estension de sus privilegios. Poseían mas ó menos poder segun la estension de sus patrimonios y el número de sus vasallos. Su autoridad se transmitía generalmente de padre á hijo, aunque á veces el pueblo elegía el sucesor (5). No ocupaban los empleos mas elevados del estado, ni los que estaban mas próximos á la persona del monarca, como los nobles de sangre. Su autoridad, segun parece, era generalmente local, y siempre subordinada á la jurisdicción territorial de los gobernadores de las provincias que pertenecían á la órden de los Incas (6).

La nobleza inca era en realidad la que constituía la verdadera fuerza de la monarquía peruana. Ligada

dente, no es increíble, si como Huayna Capac, encerraban setecientas mujeres en su serrallo. Véase Sarmiento Rel., MS., capítulo VII.

(1) Garcilasso habla de una clase de Incas *por privilegio*, á quienes se permitía usar el nombre y disfrutar de muchas de las inmunidades de la sangre real, aunque solo descendían de los grandes vasallos que sirvieron á las órdenes de Manco Capac. (Com. Real, parte I, lib. I, cap. XXII.) Desearíamos encontrar la menor confirmación de este hecho importante á que alude Garcilasso con mucha frecuencia.

(2) «Los Incas tuvieron otra lengua particular que hablaban entre ellos que no la entendían los demas indios, ni les era lícito aprenderla, como lenguaje divino. Esta, me escriben del Perú que se ha perdido totalmente; porque como pereció la república particular de los Incas, pereció también el lenguaje de ellos.» (Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VII, capítulo I.)

(3) «Una sola gente hallo yo que era exenta, que eran los Incas del Cuzco y por allí alrededor de ambas parcialidades, porque estos no solo no pagaban tributo, pero aun comían de lo que traían al Inca de todo el reino y estos eran por la mayor parte los gobernadores en todo el reino, y por donde quiera que iban se les hacia mucha honra.» Ondegardo Rel. primera, MS.

(4) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. II, cap. XV.

(5) En este caso, segun parece, se presentaba el sucesor al Inca para que lo confirmase. (Dec. de la Aud. Real, MS.) Otras veces el Inca mismo escogía el sucesor entre los hijos del difunto curaca. En una palabra, segun Ondegardo, no había regla alguna de sucesión que no pudiera anular la voluntad soberana del Inca. Rel. prim., MS.

(6) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. X.—Sarmiento, Relacion, M. S., cap. XI.—Dec. de la Aud. Real, MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. XCH.—Conquista y Pob. del Pirú, MS.

al soberano por los lazos de la sangre, tenían simpatías comunes, y en gran parte intereses idénticos. Distinguiéndose por un traje y unas insignias peculiares, como igualmente por el nacimiento y el idioma, del resto de la nación, no se confundía jamás con las otras tribus y naciones incorporadas en la gran monarquía peruana. Despues del trascurso de siglos, conservaba aun su individualidad como un pueblo peculiar y separado. Era relativamente á las razas conquistadas del país lo que los romanos á las bárbaras tribus del imperio, ó los normandos á los antiguos habitantes de las islas británicas. Agrupada alrededor del trono, formaba una falange invencible que lo defendía, lo mismo de las conspiraciones secretas, que de la abierta insurrección. Aunque vivía principalmente en la capital, también sus individuos estaban distribuidos por todo el país en todos los altos destinos y en todos los puestos militares fortificados, estableciendo así líneas de comunicación con la corte, que proporcionaban al soberano medios para obrar simultáneamente y con buen efecto en las regiones mas remotas de su territorio. Los nobles además poseían una preeminencia intelectual que los realizaba á los ojos del pueblo tanto como su rango mismo. Realmente puede decirse que esta era la base primera de su autoridad. Los cráneos de la raza inca manifestaban una superioridad indudable sobre las demas razas del país en cuanto á la estension de la inteligencia (7); y no puede dudarse tampoco que este fue el origen de aquella civilización particular y de aquella política social que hizo á la monarquía peruana superior á todos los demas estados de la América del Sur. De dónde vino esta raza notable, y cuál fue su historia primitiva, son cuestiones que pertenecen á esa categoría de misterios que descubrimos tan á menudo en los anales del nuevo mundo, y que aun no han podido disipar ni el tiempo ni los esfuerzos de los anticuarios.

CAPITULO II.

Ordenes del estado.—Administración de justicia.—División de las tierras.—Rentas y registro.—Caminos reales y postas.—Táctica militar y política.

Si nos sorprende el aspecto original y peculiar de lo que puede llamarse la aristocracia peruana, mucho mas sorprendernos quedaremos al descender á las ínfimas clases sociales, y al contemplar lo artificial del carácter de sus instituciones, tan artificiales como las de la antigua Esparta, y, aunque por diferentes motivos, tan repugnantes como ellas á los principios esenciales de la naturaleza humana. Las leyes de Licurgo, sin embargo, estaban destinadas á un estado pequeño, mientras que las del Perú, aunque tenían la misma aplicación al principio, parecían poscer, como la tienda mágica del cuento árabe, una facultad indefinida de expansión, y se acomodaban igualmente á la situación floreciente del imperio, y á los primeros pasos de su carrera. En esta notable adaptación al cambio de circunstancias, vemos la prueba de un ingenio que indica un adelanto no pequeño de civilización.

El nombre de Perú no era conocido á los naturales. Fue dado al país por los españoles, y, segun se dice, nació de una equivocación del nombre indio de río (8).

(7) La importante obra del Dr. Morton contiene varios diseños del cráneo Inca y del cráneo comun peruano, probando que el ángulo facial en el primero, aunque no muy grande, era mucho mayor que el segundo, que era extraordinariamente chato y escaso de carácter intelectual. *Crania Americana*. (Filadelfia, 1829.)

(8) Pelu, segun Garcilasso, era el nombre indio de río, y fue pronunciado por uno de los naturales al responder á una pregunta que le hicieron los españoles, quienes creyeron que era el nombre del país. (Com. Real, parte I, lib. I, cap. VI.)